

calumniar al P. Claret, pues estaba entonces de moda entre los impíos manchar la fama del noble desterrado. Tuvo la osadía de presentarse á la junta revolucionaria, en que se hallaba Olózaga, el autor de uno de los libelos publicados contra el P. Claret, acusando á éste de haberle quitado injustamente la rectoría; pero se llevó un solemne chasco, porque el mismo Olózaga, con ser quien era, en plena junta revolucionaria le respondió: "¡Ladrón el P. Claret! Nunca he creído ni podré creer de él cosa semejante." Empeñados, no obstante, los revolucionarios en entronizar todo lo malo y fomentar el espíritu de rebelión en la Iglesia, destituyeron al Sr. Besalú y nombraron para la rectoría de Montserrat al indicado Sr. Valls. Más tarde tornó á ser nombrado D. Francisco Besalú, quien sigue aún desempeñando con celo dicho cargo.

5. En cuanto á las mejoras introducidas por el Siervo de Dios en el Hospital, no fueron menos importantes que las llevadas á cabo en la iglesia. Para probar la solicitud y caridad con que serían tratados los enfermos, tanto en lo tocante al alma como en el cuidado del cuerpo, bastaría decir que S. E. vivía en la misma casa que ellos. "En más de una ocasión, — escribe el Sr. Obispo de Segorbe, — tuvimos la de oír á los infelices manifestar con frases entrecortadas por la emoción el agradecimiento y la admiración de que se hallaban poseídos. — ¡Aquí se está bien! — exclamaban. Otras veces decían: — ¡Qué favor me ha hecho Dios en traerme! S. E. I. ha venido á visitarme. Me he confesado con el Arzobispo; ¡qué hombre tan bueno! (1)."

Renovó y aumentó el guardarropa de ropa blanca, el botiquín y todo el servicio. Para que nada faltara, ni en cuanto al cuerpo ni en cuanto al alma, hizo S. E. un Reglamento que mandó observar con puntualidad, vigilando él mismo para que no hubiera ningún descuido en este punto.

Conociendo el espíritu que animaba á las Hermanas Carmelitas de la Caridad, á las que, según vimos, había él organizado y reanimado cuando Misionero, les arregló una hermosa habitación y un bonito oratorio en el mismo departamento del Hospital, y en 1866 las instaló en él para que cuidaran de los enfermos. Antes que el Siervo de Dios fuera pro-

(1) *Vida del Sr. Claret*, cap. XLIV.

tector sólo se asistía á uno ó dos de éstos; pero desde que estuvo á cargo del P. Claret, las camas del Hospital estuvieron casi siempre llenas, y en 1867 llegó á 80 el número de enfermos. Las Hermanas Carmelitas de la Caridad se consideraban dichosas de vivir en aquel Hospital bajo la dirección del que siempre habían mirado como á padre, y adelantaron mucho en la virtud hasta que la revolución del 68 vino á arrebatárselas al Siervo de Dios, lanzándole fuera de España. Lo primero que hicieron los revolucionarios fué dar orden de que no se admitiesen nuevos enfermos; las Hermanas no abandonaron por esto el local, y cuando no hubo enfermos se ocuparon en repasar las ropas del Hospital y de la iglesia y en otras labores propias de su sexo, esperando se les levantara la prohibición, pero en vez de esto recibieron á principios del año 1871 una orden mandándolas salir del Establecimiento so pretexto de que no había enfermos á quienes asistir. La salida fué tanto más graciosa cuanto que la habitación desalojada por las Hermanas se dió á un médico nuevamente nombrado sin duda para *curar de espanto á las paredes*. Así se cumplió que ni la iglesia ni el Hospital de Montserrat estuvieron nunca tan bien asistidos y administrados como bajo el Protectorado del P. Claret, el cual, lejos de sacar un céntimo de este empleo, se gastó en él generosamente para mejorar el Establecimiento muchos miles de duros y consagró á él gratuitamente gran parte de su prodigiosa actividad.

6. Cuando el P. Claret fué nombrado protector del Hospital de Montserrat, trasladó su habitación á este edificio del Hospital de Italianos, en donde antes estaba. En el tiempo en que vivió en la corte, su familia se redujo á un capellán, á un sirviente para abrir la puerta y hacer recados y á otro para la cocina y arreglo de la casa. Cuando D. Felipe Rovira, con permiso del Prelado, se fué á Puerto Rico, tuvo el Siervo de Dios de capellán al Rdo. D. Francisco Sansolí, á quien sustituyó al poco tiempo el Rdo. D. Carmelo Sala, más tarde canónigo de Cádiz y hoy de Tarragona. Cuando por razones de salud D. Carmelo, aconsejado del Siervo de Dios, fué á restablecerse en el seno de su familia, el Sr. Arzobispo pidió al Superior General de la Congregación de Misioneros que él había fundado, un Padre que le sirviera de compañero, porque deseaba que el punto en donde él residiera se considerara

como una residencia de la Congregación, á lo cual accedió gustoso el Rmo. P. José Xifré, para quien los deseos de nuestro Fundador eran como mandatos, enviando al Rdo. Padre Pedro Vilar; mas no probándole á éste la corte, fué en su lugar el Rdo. P. Lorenzo Puig y Campás, Misionero ejemplarísimo, que tuvo el honor y la dicha de acompañar á nuestro Padre en el destierro y de asistirle con otros sacerdotes en su última enfermedad y no separarse de él hasta que hubo fallecido.

Por algunas temporadas acompañó también á S. E. en Madrid D. Paladio Currius, que mantuvo siempre con él estrechas relaciones. Para el servicio de casa tuvo sucesivamente á D. Ignacio Betriu, que fué después hermano lego jesuita; á D. Faustino Medranda, á la sazón jovencito secular y hoy presbítero residente en Calahorra, y dos Hermanos coadjutores de nuestra Congregación, que fueron el Hermano José Saladich, que todavía vive en nuestra Casa-misión de Gracia, y el Hermano Antonio Calvo, que aún hace compañía al anterior en el mismo punto. Si algún otro estuvo con él fué por poco tiempo, y nunca pasaron sus domésticos de dos y el capellán, hallándose en Madrid, y de uno en los viajes, en los cuales á veces fué sólo con su capellán. El método de vida que guardó en Madrid no podía ser más ajustado y estrecho, como lo testificaron unánimemente sus familiares. Citaré á dos de éstos, de los cuales el primero, D. Carmelo Sala, fué el que más tiempo estuvo al lado del Siervo de Dios en Madrid.

“ Levantábase, — dice, — á las tres de la madrugada, si es que llegaba á acostarse en la cama que tenía preparada, que esto nunca pude averiguarlo con certeza, á pesar de que dormía en cuarto contiguo á su alcoba y con una puertecita de escape por medio que podía prestarse á observar sus movimientos. Sea lo que fuere, lo cierto es que la cama amanecía lo mismo que se había dejado por la noche. La primera diligencia era disciplinarse, lo que no se me podía ocultar por la proximidad de mi dormitorio, como ya dejo dicho. Entraba luego en su gabinete, que yo veía todo desde mi cuarto, y leía hasta las cuatro. Despertaba luego la familia é íbamos todos al oratorio á tener una hora de oración mental. Celebraba después Misa, daba gracias largo rato y bajaba al confesonario, donde ordinariamente pasaba hasta las once, hora de

audiencia, que era para S. E. I. un verdadero martirio, porque la mayor parte de los que acudían era para exigencias importunas, á las que no podía acceder, y no era raro el sufrir reconvenções é insultos de los pretendientes defraudados en sus esperanzas. Á las doce hacíamos el examen de conciencia, al que seguía la comida con lectura espiritual. Nada digo á Ud. de aquélla, porque Ud. es testigo de su frugalidad y mortificación. Una sola cosa añadiré, y es que un año, por la fiesta de Navidad y después de grandes instancias mías, se resolvió á tomar un poco de gallina, única carne que le vi comer en los seis ú ocho años que estuve á su lado, y luego me decía con mucha gracia: “¿Ves? Me has hecho comer „carne y me he puesto malo: nada, nada, mi estómago no la „puede digerir: con que déjame con mis papas y garbancitos, „que así me va muy bien. „ Una de las cosas más notables era lo que llamaba él la siesta. Oíasele decir con mucho candor: “Después de comer no puedo hacer nada si no duermo algo. „ Entraba en su gabinete, y apoyando los codos sobre la mesa de su escritorio y la cabeza en las manos, estaba así unos cinco minutos. Estaba ya hecha la siesta, y luego se ponía á rezar Horas y Vísperas. Digo Horas, porque rarísima vez le dejaban tiempo para rezarlas por la mañana. Solía también ocuparse por la tarde en despachar el correo, y salía luego á hacer alguna plática á los hospitales ó casas de beneficencia, á las religiosas, etc. La noche la dedicaba á la lectura si le dejaban tiempo. Á las ocho y media, el Rosario en familia, puntos de meditación para el día siguiente, cena con lectura, un ratito de sobremesa que solía dedicarlo á leer algún periódico, y á las diez retiro. Esto formaba su vida ordinaria, á lo que hay que añadir los sermones de Misión, ejercicios, novenas, etc., que puede asegurarse eran continuos. Los lunes por la noche iba á Palacio, única ocasión en que gastaba carruaje, sin embargo de tenerlo siempre á su disposición (1). „

Concuera con esta pintura la que hace D. Faustino Medranda con estas palabras: “En el mes de Enero de 1858, siendo yo muy jovencito, me dijo S. E. si me quería quedar en su compañía, y después de pedir permiso á mis padres me quedé con él de pajecillo. Viví al lado del Excmo. Sr. Claret cerca

(1) Carta al Rdo. P. Jaime Clotet, 18 de Diciembre de 1879.

de cuatro años, y mi admiración cada día fué mayor. Nunca pude saber cuánto dormía. Si alguna vez me despertaba durante la noche, siempre veía luz en su cuarto. Á las diez de la noche era la hora de retiro, y un ratito más tarde sentía á S. E. que recorría los aposentos para ver si nos habíamos acostado, si bien que no todas las noches lo hacía. Á las cuatro de la mañana, en todo tiempo, el Sr. Arzobispo tocaba la campanilla y era la señal para levantarnos, lavarnos y arreglar el cuarto; en seguida íbamos al oratorio, en donde teníamos una hora de meditación que S. E. dirigía, y que á mí nunca se me hizo larga, porque el Sr. Arzobispo se expresaba de un modo que materialmente me parecía ver y sentir lo que era el objeto de la meditación. Inmediatamente después de ella S. E. celebraba la santa Misa, que oíamos todos juntos. Mientras él daba gracias la celebraba su capellán, y luego S. E. bajaba al confesionario; á las ocho le llamábamos para tomar el desayuno, y volvía á bajar y estaba confesando hasta las once. Su habitación no se distinguía de las nuestras, tenía estera de esparto y sillas de paja. Jamás vi al Sr. Arzobispo comer carne. Todos los años hacía y nos daba ejercicios espirituales, y cada mes teníamos un día de retiro (1)., Este era cabalmente, quitadas sus abstinencias personales, el método de vida que nos había trazado en las Constituciones, y así bien puede decirse que su casa era una casa de Misioneros modelo y ejemplar, y más cuando sus familiares fueron todos de nuestro Instituto. Claro es que si no hubiera sido en calidad de Fundador y para satisfacer los piadosos deseos que tenía de formar parte de su amada Congregación del modo que le era posible, nunca nuestro reverendísimo P. General hubiera consentido en enviarle familiares de nuestro Instituto. Él, por su parte, tenía suma delicadeza en el modo de tratarlos; nunca los miró como criados, sino como verdaderos Hermanos en religión, por lo cual no permitía que hicieran recados ni comisiones poco convenientes á un religioso, como puede verse por el fragmento de esta carta, que tengo á la vista, escrita desde Madrid á D. Carmelo, que se hallaba ausente, y fechada el 8 de Enero de 1866: "En cuanto á los Hermanos,—dice,—de que me habla para ir á Zaragoza, no creo que sea posible, pues que ellos son de la Congre-

(1) Relación de D. Faustino Medranda, 26 de Febrero de 1880.

gación, y lo que hacen para mí no lo permitirá la Congregación para nadie.,

7. Era admirable el espíritu de pobreza con que vivía en la corte. En Montserrat sólo ocupaba una parte de lo que fué antes y volvió á ser después habitación del Sr. Valls; lo demás lo alquiló en beneficio del Establecimiento. En el salón de visitas no había más muebles que algunas sillas de palma blanca y algunas estampas de papel, puestas en marcos poco costosos. Este espíritu de pobreza que resplandecía en las habitaciones del Siervo de Dios traía edificados y maravillados á cuantos las visitaban, y hubo algunos que se movieron á imitarle aun entre las personas constituídas en dignidad. "El ilustrísimo Sr. D. Cosme Marrodán, Obispo de Tarazona,—dice el ilustre D. Carmelo Sala,—salió tan impresionado de la pobreza que vió en el mobiliario de la habitación del Siervo de Dios, que al llegar á su Palacio dió orden al mayordomo para que quitase los muebles que tenía en su habitación y los sustituyese por otros más humildes, á semejanza de los que usaba el Sr. Claret. Esto me consta por relación de una persona fidedigna que lo oyó á los familiares de aquel Ilustrísimo señor (1).,"

El Ilmo. Sr. D. Francisco de Asís Aguilar, á pesar de lo mucho que frecuentaba la casa del P. Claret, nunca fué á ella que no sintiese una viva impresión, comparando la pobreza de sus adornos con la dignidad y posición del que la habitaba y con lo que se ve en otras casas. Á sus familiares y á los que más trataron con él les pegó este mismo amor á la pobreza, de lo cual son testigos vivientes el Rdo. P. Currius, el ilustrísimo Obispo de Segorbe, el Excmo. Sr. Marqués del Arco y Conde de Isla, y otros muchos que sería largo enumerar.

"Llevado el Siervo de Dios de su espíritu de pobreza,—prosigue el testigo antes citado,— encargaba al aposentador de sus Majestades que en los Reales Sitios de Aranjuez y la Granja, adonde iba todos los años acompañando á la corte, se le diese la habitación que no quisiera ninguno de los otros personajes de la regia comitiva, y así sucedía que el Sr. Claret ocupaba siempre la habitación más reducida y menos cómoda. No usaba coche sino cuando iba de oficio á ver á los Reyes; en los demás casos iba siempre á pie.

(1) Declaración de D. Carmelo Sala. Ad art. 115.

„Á pesar de todo lo dicho, no era escaso el Siervo de Dios con los suyos: “No quiero tener,—decía,—esclavos ni criados que me sirvan por salario, sino hijos regalados.” Y por esto cuidaba con solicitud de que nada les faltase en alimento, vestidos, asistencia en la enfermedad, atendiendo también con largueza á cualquiera otra necesidad queuviésemos. Dudo que un padre trate con tanto cariño y condescendencia á sus hijos como el Sr. Claret á sus familiares. El Siervo de Dios sólo para sí reservaba la aspereza.” Con todo, la manutención del Sr. Arzobispo y sus tres familiares, con la de los huéspedes que tenía entre año, no costaba 10.000 reales anuales. Las provisiones y utensilios de cocina que se hallaron al irse de Madrid fueron valuados en menos de doscientos reales.

¿En qué empleaba, pues, lo restante de sus rentas? Esta pregunta parecía ya contestada después de lo que llevo dicho sobre los muchos miles que gastó en la iglesia y Hospital de Montserrat y sobre lo poco que cobró de la pensión que tenía señalada sobre la Mitra de Cuba; pero aún hay que añadir á lo dicho algunas otras obras de beneficencia, que harán comprender lo bien que sabía emplear el dinero para remediar toda suerte de necesidades. En los viajes que hacía acompañando á la Reina, repartía con profusión y gratuitamente libros y hojas volantes, porque solía decir que era la mejor limosna que podía hacer al prójimo. “Más quiero,—añadía,—dar un *Camino Recto* que dos cuartos.” Don Carmelo Sala tuvo una vez la curiosidad de tomar nota del coste de los libros repartidos en uno de estos viajes, y asegura que ascendió á unas veinticuatro mil pesetas (1). No se crea, sin embargo, que no socorriese las necesidades corporales de sus prójimos; su magnánimo corazón se extendía á remediar todas las miserias, hasta quitarse el pan de la boca para darlo á los pobres.

“Fué tanta su generosidad con los pobres,—dice uno de sus familiares,—que á pesar de tener una renta de 45.000 pesetas anuales, llegó á sufrir escasez para atender á sus pocas necesidades ordinarias. Una anécdota bastará para probar lo dicho. El 5 de Julio de 1866 se le presentó un pobrecito á pedirle limosna para un viaje que tenía que hacer á fin de tomar unos baños que eran necesarios á su salud. El Siervo de Dios había

(1) Declaración de D. Carmelo Sala. Ad art. 58.

ya agotado en obras de caridad todo el dinero, y el pobre no podía esperar á que cobrara la mensualidad siguiente. El P. Claret no estuvo mucho tiempo dudoso en lo que debía hacer; tomó la cruz arzobispal y la mandó llevar á vender secretamente al platero D. Víctor Pérez, que vivía en Madrid en la calle de Lope de Vega. El platero la compró por el precio de 1.314 reales y 29 maravedises, y en su libro de comercio puso esta notita, que vió el Ilmo. Sr. Obispo de Segorbe: “En „5 de Julio de 1866. Una cruz arzobispal del Excmo. é Ilustrísimo Sr. P. Claret: 1.314 reales y 29 maravedises.—Para con „su importe costear el viaje á un pobre (1).”

Cuando visitaba á los enfermos del Hospital, que era por lo menos una vez á la semana, daba un duro á cada uno de ellos (2). “Su caridad para con los pobres,—dice el Ilustrísimo D. Dionisio González,—era extremada, pues todo lo sobrante de las rentas de la Mitra de Cuba, que pasaban de veinte mil pesos anuales, lo invertía en limosnas y en libros piadosos, de los cuales repartió en aquella diócesis más de doscientos mil ejemplares, debiendo añadir que habiéndole yo remitido á esta corte más de cincuenta mil pesos desde 1857 á 1860, en que estuve encargado del gobierno del Arzobispado, le hallé sin dinero al venir á ella en dicho año de 1860, por haberlo gastado todo en limosnas y en reparar una iglesia. Lo mismo hacía con la dotación que tenía como confesor de la Reina, siendo de advertir que sus limosnas eran siempre muy costosas, en razón de que el gasto de su casa era sumamente módico (3). Á su mayordomo tenía dada orden que nunca dejase ir un pobre sin darle socorro, aun cuando repitiera la visita, pues, según él decía en tal caso era de suponer que con la cantidad antes recibida, no tenía lo suficiente para remediar su necesidad (4). Ayudaba con cantidades no pequeñas á la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María que él había fundado, á las monjas de la enseñanza, también fundación suya, y á muchos otros establecimientos de piedad y beneficencia. Muchos fueron también los pobres vergonzantes á quienes socorría secretamente y con largueza. Yo mis-

(1) Relación de D. Faustino Medranda, 26 de Febrero de 1880.

(2) Declaración de D. Francisco Besalú. Ad art. 56.

(3) Carta del 8 de Diciembre de 1879.

(4) Declaración de D. Paladio Currius. Ad art. 100.

mo he oído á un ancianito navarro, asilado en el Hospital del Carmen de Madrid, deshacerse en alabanzas de la caridad del Siervo de Dios, refiriéndome hondamente conmovido las muchas veces que le había socorrido ocultamente con cuantiosas limosnas y la bondad y afabilidad con que siempre le recibía. Este buen anciano se confesaba con el P. Claret y llevaba una vida sobremanera edificante. Nada nos da á comprender con tanta claridad el espíritu del santo Arzobispo en este punto como aquella su frase favorita, tan expresiva como graciosa: "Al morir, — decía, — quisiera que me hallasen sin tres cosas, „á saber: sin pecados, sin dinero y sin deudas (1).„ Á esta máxima sujetó en Madrid como en Cuba sus acciones, y de aquí nació su pobreza, desprendimiento y liberalidad. Para cerrar este capítulo, diré con la Reina Isabel II que "el señor Claret era todo caridad, y que para poder hacerla no omitía medio, desprendiéndose de todo cuanto tenía (2).„

(1) Declaración de D. Antonio Barjau. Ad art. 115.  
 (2) Declaración de Doña Isabel II, n.º 5.



## CAPÍTULO V

### DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS DEL SIERVO DE DIOS EN MADRID HASTA EL RECONOCIMIENTO DEL REINO DE ITALIA

1. Corrupción de la oratoria sagrada en Madrid. — Primeros sermones del Padre Claret en la corte. — 2. Ejercicios á sacerdotes, caballeros y señoras. — 3. Injusticia de los que censuraban sus sermones. — Fruto que hacía con su unción evangélica. — Conversión de un asesino. — Cómo su fervor arrancaba lágrimas á los que no entendían su lengua. — 4. Actividad del Siervo de Dios. — Ejercicios y Misión en San Isidro el Real. — 5. Primera comunión de la Infanta Isabel. — Una profesión religiosa. — Trabajos apostólicos en 1863 y 1864. — 6. Se retrae de las predicaciones pomposas — 7. Su prodigiosa laboriosidad. — Una profecía terrible.

1. Pocos predicadores han alcanzado en Madrid tanto prestigio como el P. Claret, y de seguro que ninguno como él ha hecho tantas y tan maravillosas conversiones. Privada por mucho tiempo la corte de España del auxilio del clero regular, sin Iglesia Catedral hasta hace pocos años y sin otros beneficios que llamaran á los eclesiásticos de virtud y letras, careció por mucho tiempo de hombres verdaderamente apostólicos que se dedicaran al sagrado ministerio en beneficio de los fieles. La mayor parte del clero que en Madrid había allá por los años de 1857 al 68, eran sacerdotes de otras diócesis, de los cuales unos habían acudido á la corte pensando lucir sus talentos; otros, malquistos con sus Prelados, buscaban en esta Babilonia un lugar de refugio y vivir con cierta independencia indigna de su carácter; muchísimos estaban como de paso, á manera de huéspedes, y rarísimos acudían para consagrarse á la educación moral y religiosa de este numeroso pueblo, que por cierto lo ha bien menester. Hacíanse, es verdad, con mucho aparato las funciones religiosas, mas casi todo él se reducía á la ornamentación y parte musical, y los sermones se encargaban á unos cuantos oradores que estaban de moda,